

El boxeador

de Marcelo Eckhardt

Interpretado por Matías Cutro

Recuerdo una pésima canción de un grupo real mente olvidable denominado: *Titanic*, cuyos grandes éxitos se compilaron en un disco con una de las peores tapas, también, de la década: horrible. Pero, recuerdo la canción: *lloro por un beatle*, muy única canción, mala, mala. Yo lloro, ahora, por alguien que nunca podrá ser ni beatle ni músico ni nada, aunque ama con toda su sangre la guitarra eléctrica; tan sólo un bárbaro perdido en este pequeño pueblo inefable. Este no beatle, borracho, boxeador grogui, pobre muchacho empobrecido hasta el hartazgo, hambreado con demasiada hambre a cuestas, con pocas monedas y con muchas deudas humillantes, oprobiosas, realiza un triste rol de embebido con casi queroseno. Parece un boxeador derrotado; bufa, el pobre. Bufa. Cree poder reponerse de tremendo golpe, el fiero, el que Dios, Destino, Azar, Poder o qué, da a los pobres bárbaros en el alma. Un gran manotazo que parte en dos al pobre bárbaro o lo vuelve irrecuperable. Bufa y mueve sus piernitas. Borracho, se cree un campeón en apuros. No quiere verse así de perdedor. La secuencia es patética y no sé por qué, dios qué, debo estar como sparring, espectador o enfermero. ¿Por qué? ¿Por qué yo aquí, yo ahí? ¿A quién le importa ese, este dolor, este mío nuestro su dolor?

Sólo somos dos muertos de hambre en un cuadrilátero hipotético de luces ralas. Enrarecido, el aire, está viciado de queroseno, olor a pie, a genitales dejados. Es terrible. El mundo aquí se derrumbaría en un santiamén. Aunque a nadie le importa. La miseria está presente. La miseria diseña esta secuencia horrenda. La miseria invita ese este otro aquel mal trago. El bárbaro a punto de

caer, cayendo, resoplando, babeando, diciendo profundos *puntazos* traídos desde hace mucho, pues se ha olvidado el primer sueño. Sin tino.

Atino, yo miserable, a recuperar un casete de Talking Heads: *Pequeñas criaturas*. Pero no soy el forzado vanguardista que sostiene un mundo naif, el de la tapa. Escribo esto con rabia, con dolor, con desdén y con una profunda sed de cambio. Escucho a mucho volumen, *Pequeñas criaturas*. David Byrne me embriaga y me da el ritmo de estas palabras crueles, amortiguadas por los golpes fieros del zumo de la experiencia, su resta.

Me sumo a la estupidez de ese instante porque la bolsa con bicarbonato es una bolsa con mucha droga: cocaína o heroína, quién sabe. El campeón me dice que eso, esto, la bolsa es muy secreta y que lo lleva a Marte. ¿A amarme? Literal mente, él dice: *esto me lleva a Marte*. Un desastre total. Tomo la bolsa con un trapo porque no quiero dejar las huellas digitales. El campeón sigue entre resoplidos y bufidos diversos. Se quiere despabilar. Va al baño. Se ducha con su camisa bananera, su reloj de fantasía y sus calzoncillos flojos. Temo que se caiga y se quiebre. Indeleble. No se repondrá. Le sugiero que se quede y duerma. *Ya se te pasará*, le digo. Pero él quiere demostrar que puede, que puede seguir haciendo el papel más amargo de esa tarde ácida. Llega su hermana disfónica y sus dos hijos. Los sobrinos ven al tío deplorable. El tío grogui pregunta por supuestos amigos que deberían estar ahí afuera, sentados en las sillas despanzurradas, con sus achuras, vísceras de goma espuma hacia el aire caliente. Los árboles lucen apacibles pero no se puede vislumbrar ninguna paz mientras este muchacho pobre perdedor cae inexorable mente hacia él mismo. La hermana inaudible y sus niños estupefactos se van y él, el boxeador casi noqueado, vuelve a la carga. No quiere que le tiren la toalla.

Quiere seguir peleando; no acata el fallo del árbitro de su lucidez: knock out absoluto. Un gran cross al espíritu innovador. Quiere mantenerse de pie pero ya es tarde. Igual mente sale a la calle y me pide que lo acompañe hasta la radio donde debería, desde hace una hora, estar saliendo al aire. Le digo, por enésima vez, de la lengua redonda, que no puede hablar. Su aliento tiene, por lo menos, cuarenta grados de alcohol reconcentrado. El insiste. Lo dejo. Me alejo en mi bicicleta sin mirar hacia atrás. Derrotado porque él real mente quiere destrozarse un poco más. Un poco más en el fondo de la grieta. Un poco más. Caer. Caer (no se nos deje caer).

Días después aparece el ex-campeón, ya repuesto, con una camisa amarillo patito, a pedirme disculpas.

No hay nada que disculpar, le contesto. Entre humillados nos comprendemos; terminamos comprendiendo todo, lamentable mente todo. La nuestra forma de humillados coincide, impensable mente, con nuestras tristes figuras. Nos sabemos las formas.